chacho montaraz y pervertido: teniendo más años, ni las palabras de Florencia hubieran sido las mismas, ni Ramon hubiera obrado como lo hizo.

¡Suave y encantadora juventud! Cuando el corazon está lleno de tu savia, hay valor, hay fé, y hay una constante alegría en medio del sufrimiento.

V

Los novios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La señora Baltasara volvió á su casa á las once, y á las doce en punto entraba en ella el señor Pedro, quien, despues de oir sus dos misas, habíase estado un poco en la plaza.

La madre y el abuelo hallaron la casa *como un oro*, la mesa cubierta y la comida pronta: las dos jóvenes eran de excelente disposicion, pero, sobre todo, Florencia era un prodigio para gobernar una casa.

Despues de comer su cocido de judías, tocino y morcilla, su sopa *escaldada* y sus rebanadas de pan con mostillo, las muchachas alzaron el mantel, arreglaron la cocina, y poniéndose sus vestidos de indiana nuevos, se sentaron á la puerta de la casa con su madre y su abuelo.

Por supuesto que Florencia no olvidó su collar de corales, ni Trinidad su pañuelo de merino con ramos.

La señora Baltasara habia cambiado su vestido de alepin negro por otro de percal os-

curo, y daba gusto verla con sus hermosos cabellos negros, peinados hácia atrás, y formando un colosal *picaporte;* sus grandes pendientes de plata sobredorada, su delantal azul y su pañuelo blanco.

Pronto vino Andrés á aumentar la reunion, y Trinidad corrió á buscarle una silla.

—A qué hora habeis ido esta mañana á misa, muchachas? preguntó el tio Pedro á sus nietas.

—Hemos ido apenas rayaba el dia, abuelo, respondió Trinidad por las dos.

—¡Qué manía de ir tan temprano! ¿No valía más que siquiera una cada domingo acompañase á vuestra madre á misa mayor?

—Madre no quiere, abuelo, contestó Florencia.

—No quiero, por dos razones, repuso Baltasara: la primera, porque entre las dos arreglan luego la casa y la comida, y yo me voy descansada; y la segunda, porque, llevándome yo á la una, la otra se queda sola, y ya ve Vd. padre, que...

—Dices bien, hija: no habia yo caido en eso.

En aquel momento pasaron cuatro ó seis mozos, engalanados con sus mejores vestidos, que iban hácia la plaza.

—Dios guarde á Vds., dijo uno por todos.

—Y á vosotros tambien, contestaron los presentes.

—Vamos, señora Baltasara, que va Vd. á

dejar venir á las chicas á bailar un rato, dijo el que parecia más osado.

—Hijos, respondió la viuda, habeis de perdonar, pero eso no puede ser.

—¿Por qué , señora Baltasara?

—Ya sabeis que nunca han ido al baile de la plaza: muchos jóvenes han venido á decirnos á su abuelo y á mí, que las dejáramos los domingos, y nos hemos negado siempre: de manera que, si ahora fueran, se darian por quejosos, y con razon.

—Pero ¿por qué no van nunca? ¡Tan juiciosas como son! Además de que las dos están ya comprometidas.

—No importa, objetó el tio Pedro: antes bien esa es una razon de más para que no vayan.

—Jacobo irá allá, en sabiendo que está Florencia, y Andrés vendrá con nosotros y con Trinidad.

—Hijos, os digo que perdoneis, contestó la señora Baltasara: mis hijas no irán al baile; están sin padre, y solo su abuelo y su madre pueden cuidar de su honra.

—Bien limpia la tienen, señora Baltasara, y no creo yo que bailando...

—En fin, hemos dicho que nó, concluyó el tio Pedro con un tono que no admitia réplica.

—¿Y cuándo nos dan un buen dia las chicas? preguntó otro mozo, dejando como perdido el asunto del baile.

—No lo sé, hijo, respondió la viuda: me cuesta mucha pena quedarme sin las dos á un tiempo.

—Pero Trinidad seguirá viviendo con Vd. y con el tio Pedro.

—Es verdad, y lo que siento es que Florencia no pueda hacer otro tanto; pero ya se ve, Jacobo tiene á su chico, ¡y luego con ese geniazo!.. Más callemos, que viene aquí.

En efecto, adelantábase á paso largo el padre de Ramon.

Era un hombre como de treinta y cuatro años, y de la más hermosa presencia: todas sus facciones tenian el sello de la perfeccion: alto, gallardo, moreno y arrogante; á pesar de lo muy modesto de su traje, parecia ir vestido mejor que ninguno de los mozos que iban á la plaza.

Tan extraño era el contraste que formaba su belleza con la fealdad de su prometida, como notable era el que ofrecia la expresion de los rostros de entrambos.

Jacobo, de fisonomía uraña y severa, parecia estar siempre de mal humor: en tanto que el semblante de Florencia tenia una constante y risueña expresion de apacible bienestar.

Los jóvenes que iban al baile se despidieron, y Florencia entró en la cocina y sacó una silla para su novio.

—¿Cómo te va, Jacobo? preguntó el tio Pedro

al ver que aquel, despues de haberles saludado con la lacónica frase de *buenas tardes,* no habia vuelto á decir más palabra.

—De salud bien, contestó el interpelado: de lo demás, no puede irme peor.

—¿Pues cómo?

—El Sr. Clemente ha rebajado todos los jornales.

—¡Cómo, exclamó la viuda, en cuyas facciones se retrató una profunda pena; ¿ganas ahora ménos de una peseta, Jacobo?

—Gano un real ménos.

—¿Pues cómo te has de casar así? ¿Qué hará mi pobre hija sin más bienes que tres reales diarios, siendo tres á comerlos?

—Poco tenia ya, dijo sombríamente Jacobo, y ahora me han quitado de esto poco: por lo mismo la pobreza me agobiará más cada dia; eso lo conozco yo.

—Escucha, Jacobo, dijo gravemente el anciano tejedor: la mano de Dios pesa sobre tu cabeza; pero á mí me parece que tú tienes la culpa.

—¡Bah! ¡bah! tio Pedro, si Florencia se vuelve atrás de la palabra que me tiene dada, ó si Vds. se han arrepentido de dármela por mujer, se dice claro, y no me venga Vd. queriendo armar camorra.

Jacobo dijo estas palabras con tono tan brusco é irritado, que la ira coloreó las pálidas mejillas del anciano.

—Yo no me vuelvo nunca atrás de mis palabras, respondió con firmeza: pero vas á casarte con mi nieta, y debo decirte mi pensar, y te lo diré.

Jacobo, continuó el anciano, tú eres un mal cristiano: fuiste un mal esposo, y eres un mal padre.

—¡Abuelo! exclamó Florencia suplicante.

—Ya he dicho que ha de oir mi sentir; los ancianos tenemos obligacion de aconsejar y reprender á los mozos. Jacobo, tú eres un mal cristiano, porque no vas nunca á la iglesia.

—¿No estoy siempre trabajando? Hasta los domingos estoy ganando medio jornal.

—Fuiste un mal marido, porque cada dia apaleabas á la pobre Andrea.

—Porque era tonta de remate, y lloriqueaba al verme incomodado.

—Eres un mal padre, porque tienes abandonado á tu hijo.

—¡No me hable Vd. de mi hijo!

—¿Por qué no? ¿No eres su padre? ¿No le tienes abandonado, hambriento, casi desnudo?

—¡El se lo quiere!

—¿Por qué no le llevas á tu lado y le enseñas á ganar el pan?

—No puedo hacer carrera de él: el dia que le digo que va á venir conmigo al campo, se me escapa y se va á los montes con los gitanos.

—¿Por qué no le das á él alguno de los golpes

que dabas á su madre? ¿Por qué no das parte al alcalde de su mala vida?

—¿Le parece á Vd. que le pego poco? Pues el otro dia, despues de darle más palos que á un burro yesero, cogió un cuchillo de la cocina y me dijo estas palabras, que no olvidaré jamás: »Si me vuelve Vd. á pegar me defenderé.»

—¡Ay, Dios mio! exclamaron asustadas las mujeres.

—Jacobo, prosiguió el anciano: por gusto mio, nunca mi Florencia se casará contigo: tampoco me opondré á que sea tu mujer; su pobre padre, que fué un buen marido para mi Baltasara, y un buen hijo para mí, nos pidió por Dios, antes de morir, que no contrariásemos el gusto de sus hijas en punto al casamiento: así, ella es libre de hacer lo que quiera, y siempre llevará mi bendicion; pero ya lo he dicho otra vez, no será gusto mio que se case contigo.

—¿Piensa Vd. que le daré mala vida?

—Sí que lo pienso: y además, ese hijo que tienes la odiará y la hará pasar las penas del purgatorio.

Jacobo no respondió nada: conoció sin duda la verdad de la última razon del anciano, porque dobló la cabeza sobre el pecho, y dijo sombriamente:

—No puedo responder de mi génio, que es fuerte y sorberbio: aún puedo responder ménos

de lo que hará mi hijo, que es muy malo: así, que haga Florencia lo que quiera.

—Mi palabra no se vuelve atrás nunca, respondió la jóven con nobleza; ahora que han rebajado tu jornal, necesitas, Jacobo, una mujer que te ayude: tu hijo te da pesadumbres, necesitas una mujer que te consuele: tienes mal génio, si me quieres, como yo á tí, para mí será bueno.

—¡Ay, hija mia! ¡Mira lo que haces! exclamó la viuda ¡Mira que vas tú misma al matadero!

Florencia no contestó: y Jacobo, levantándose con los ojos animados y el semblante rebosando orgullo, dijo con voz conmovida:

—Ya nada tengo que decir, y dejo al tiempo por testigo de mi proceder.

—¡Adentro! dijo la viuda, que para ocultar su afliccion no halló otro medio mejor que regañar, segun su costumbre: adentro, muchachas, que ya se hace tarde, y vamos muy pronto á cenar.

Florencia se despidió de su novio con una mirada, y entró en la cocina con su hermana.

Andrés iba á seguirlas, pero le detuvo la voz de Baltasara.

—¡Hola, muchacho! ¿A donde vas tú? le preguntó: ya es hora de que vayas á hacer compañía á tu madre.

—Buenas noches, dijo humildemente el jóven, echando codiciosas miradas hácia el fondo

del patio, donde columbraba la linda figura de su novia.

—Buenas noches, dijo á su vez Jacobo, en tono seco y concentrado.

—Buenas noches, repitieron el anciano y la viuda.

Los dos novios tomaron calle abajo, y el tejedor y su hija entraron en su casa y cerraron la puerta.

—¿A dónde vas? preguntó Jacobo á Andrés, cuando hubieron andado algunos pasos.

—Yo, á casa, respondió Andrés.

—¿Y qué harás allí?

—Acostarme.

—¡Anda, tonto! ¡Vente conmigo á la taberna!

—Perdona, Jacobo, respondió el jóven, no he ido nunca á la taberna.

—Una vez ha de ser la primera: ya te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme.

—Deja que nos casemos, ya te haré yo á mis mañas, dijo Jacobo.

—Me parece que no: pero ya hemos llegado á mi casa. Adios, Jacobo.

—Adios, Andrés.

Este entró en su casa, y Jacobo se fué á la taberna, donde permaneció hasta las nueve de la noche.